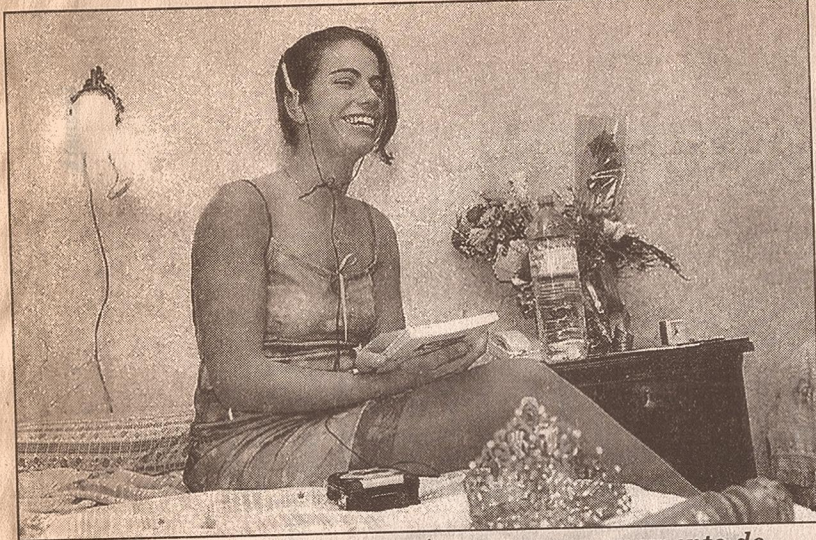


Orlando Pelichotti/LOS ANDES



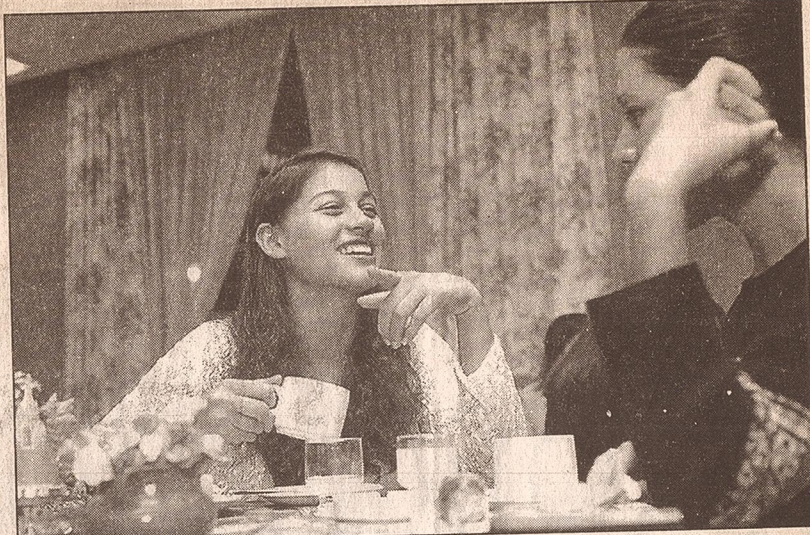
Teresa Sánchez Bandini, de Luján, se toma un momento de distensión mientras espera turno en la peluquería.

Carolina Furque/LOS ANDES



El último día de reinado. Milagros Lo Bello, antes de ponerse en las manos del maquillador José María.

Orlando Pelichotti/LOS ANDES



Laura Martínez, de Lavalle, fue la primera en levantarse. La recompensa fue un buen desayuno.

Las reinas entre bambalinas

Intimidaciones de 18 chicas mendocinas

Una rutina que incluye grandes dosis de nervios y corridas y una mínima porción de sueño caracteriza a las horas previas a la fiesta mayor. Reinas entre los rulos de entrecasa y las coronas doradas.

Orlando Pelichotti/LOS ANDES



Amanecer de un día agitado. El maquillaje tenía que durar hasta después del Carrusel. Una integrante del staff de cosmética se esmera por borrar las marcas de fatiga en el rostro de la soberana de Lavalle.

Orlando Pelichotti/LOS ANDES



Jésica Gisela Acosta, de Maipú, le saca brillo a su corona y renueva su ilusión de convertirse en Reina Nacional de la Vendimia.

A las 7 empezó el desfile de rostros desencajados y pantuflas arrastradas como toneladas de plomo. Muy pocas desayunaron y pasaron directo a la peluquería.

En la historia de la humanidad las mujeres han logrado, a veces, construir sus propios reinos. Reinos imperiales, geográficos, hereditarios, culturales, domésticos, simbólicos, minúsculos y gigantes. Las mendocinas, al penetrar la tierra agrietada del desierto hasta extraerle sudor y lágrimas, comenzaron también a reinar con el milagro de los frutos y desde hace 64 años son coronadas en honor a ese trabajo original y naturalmente bello. Pero aquí no se nace soberana, el camino al trono se gana de a poco, en un proceso que empieza en el barrio y termina en la noche en que una de diecisiete mujeres logra entrar en el parnaso de los dioses. Y ese camino es largo muchacha y no todo lo que brilla es oro (o corona).

Detrás de esas bellezas inmaculadas que sonríen y agradecen con formas y gestos tan cuidados, se ocultan ojos inyectados con las marcas del insomnio, pies ampollados, tortícolis en stand-by, alguna que otra marca de guerra (entiéndase manzanazo, botellazo y demás contundencias) regalada por espectadores no siempre contentos y con pocas ganas de festejar los desfiles soberanos.

Desde su llegada al hotel Casino de Oficiales, el lunes 28 de febrero, las aspirantes al trono vendimial empezaron a transitar el periplo pre gran elección cortando clavos inversamente proporcionales al tiempo de descuento. La serie de actos, festejos, agasajos y paseos varios fueron los enemigos del buen descanso, tanto que en los últimos días las chicas dormían, con suerte, dos o tres horas. Con una rutina que no admitía fisuras cumplieron con el deber soberano tragando saliva y poniendo caritas y cuerpos a merced de la buena mano de asistentes, maquilladores y peñadores que, a juzgar por los resultados, podrían dedicarse perfectamente a las curas milagrosas.

La noche del viernes fue, sin duda, la primera prueba difícil. La Vía Blanca no siempre es tan blanca y muchas candidatas regresaron al hotel con el trago amargo de un público que ensayó descargar sobre ellas la bronca cotidiana propinándoles insultos y agresiones varias. Con las incipientes marcas de la lluvia que al final no pasó a mayores, fueron llegando una por una y cerca de las dos de la mañana la mayoría ya se había acostado. Solo unas pocas seguían degustando las milanesas y la ensalada de arroz de la cena y, de paso, intercambiando los comentarios de rigor sobre este o aquel detalle de tal o cual chica. Que fulanita es muy callada, que es rara, que menganita es medio nariz para arriba, que la de al lado es simpática, que se ríe de todo, que estuvo llorando, etc., etc.

Sin embargo, este año la convivencia brilló por la buena onda y la predisposición que, dejando atrás las intrigas soberanas y cortesanas de siempre, superó las rencillas y antipatías que se cultivan en todas las elecciones. Excepto las candidatas de Rivadavia y Junín, que aprovechando su afinidad familiar (son cuñadas) prefirieron mantenerse a prudencial distancia de sus compañeras de alojamiento; y de las reinas de San Rafael, San Martín, Godoy Cruz y Guaymallén que no pararon en el hotel, se podría decir que la tan invocada rivalidad femenina no se hizo presente o, al menos, se disimuló muy bien.

Corriendo espero

Más haraganas que años anteriores, ayer las reinas estiraron el sueño hasta las 7 u 8 de la mañana. La única madrugadora fue la representante de Lavalle, Laura Elizabeth Martínez, que a las 6 ya estaba de pie y dispuesta a festejar su cumpleaños número 19 con todos los honores. A partir de ahí empezó el desfile de rostros desencajados y pantuflas arrastradas como toneladas de plomo. Muy pocas hicieron parada en el buffet, y enfilaron directamente al salón de belleza que se había montado en el comedor del hotel. Otras, viendo el embotellamiento que se produjo en la peluquería casera (ver aparte) optaron por salir a acicalarse en otro lugar más cómodo.

Reinas departamentales y algunas invitadas fueron cayendo por etapas a las manos expertas de los maquilladores de Rouge International y de Alejandro, el estilista de Arete, quienes lograron dar forma a ojos, labios, cabellos, y todo lo que se

puediera arreglar con poco tiempo y mucha maña.

Cerca de las 9, hora en que supuestamente ya tenía que estar todo listo, el salón estaba lleno de chicas esperando su turno, medio vestidas, medio desayunadas y medio dormidas. Sin tiempo para muchas pretensiones estilísticas, las soberanas iban tomando la posta en las sillas reconstructoras y una vez peinadas y maquilladas huían a las habitaciones para cambiarse y ultimar detalles, rogando en el camino que el zapato no se rompiera y que el cierre subiera bien. Una vez lograda la precisión estética correspondiente a la

estirpe y ya cerca de las 10, salieron del hotel para subirse al miniómnibus que las esperaba hacia largo rato y de ahí directamente al punto de partida del Carrusel. Y otras vez la gente (la cariñosa y la no tanto), las sonrisas, los souvenirs, las manzanas, los melones, el agua, el vino y las uvas por miles.

Ya con el estómago definitivamente anudado y la garganta completamente roja, pasada las 16 y después de una minisiesta, las candidatas volvieron a la peluquería y a los cosméticos en lo que sería el último retoque, el suspiro final de la

Historias de tijeras, rulos y rímel

En el comedor del hotel Casino, lo que en 1999 era una peluquería montada con todos los "chiches", este año se convirtió en un par de mesas improvisadas, espejos amontonados en una esquina, secadores de mano y, sobre todo, un solo y multifuncional peluquero para todas las reinas (incluidas las visitantes de otras regiones y países).

Sucedó que por un error interno de comunicación entre la Comisión Vendimia y el servicio de estilistas contratado para la ocasión, a último momento no había nadie que peinara a las chicas y hubo que recurrir a Alejandro (peluquero oficial de la soberana de Maipú) para que se hiciera cargo de toda la faena. Esto sumado a las exigencias, a veces desmesuradas, de algunas coordinadoras, convirtió al reducto de la belleza en un verdadero armagedón.

Otro protagonista en este rubro fue José María, el "maquillador internacional" de Rouge, que se convirtió en el preferido de las reinas a la hora de someterse a labiales y mascarillas. Tanto la reina como la virreina salientes se le volvieron incondicionales.

Este año, las coordinadoras de cada departamento se mostraron bastante exigentes al momento de salvaguardar la "buena imagen" física y moral de sus pupilas. Tanto que maquilladores y peluqueros veían con horror cuando alguna se acercaba a exigir un rulo por aquí o un colorcito por allá. Se destacó en el rubro la acompañante de la reina de Tunuyán, mientras que la ya mítica "Nana" de Las Heras se volvió a ganar la simpatía de propios y extraños.

espera. A partir de las 21 partieron nuevamente. Esta vez al anfiteatro, a tentar el destino con la esperanza de quedarse con la gloria. "Pase lo que pase, a mí el domingo no me levanta nadie", dijo una de ellas antes de poner un pie en el tramo final. Y sí, pasó lo que siempre pasa, sólo una ganó las llaves del reino. Pero seguramente todas están infinitamente más tranquilas. Seguro que a esta hora duermen. Quizás, todavía no se enteraron que "lo de la cárcel" es un motín.